

sente lo que **más** tarde nos puede ocurrir y que **debe** infaliblemente tener lugar, lo que **no** obstante no es más que un porvenir **probable**. Pongámonos en seguida en la **disposición** de aceptar voluntariamente **cualquier** acontecimiento, hagamos **interiormente** los actos de las virtudes convenientes á la circunstancia prevista, y determinemos qué conducta nos proponemos observar, si nuestras previsiones se realizan. Este consejo está en todo conforme con lo que nos recomienda San Ambrosio.

El hombre fuerte, dice, dirige la mirada de su alma al porvenir, y prevé con el pensamiento los acontecimientos que aun no llegan y se adelanta en cierto modo á ellos. Porque sabe que los que no los preven son sorprendidos por la adversidad, sucumben fácilmente y su valor se debilita en los accidentes imprevistos.¹

Si frecuentamos la santa mesa con todas las condiciones que acaban de sernos expuestas, recogeremos los frutos preciosos que podemos esperar, encontraremos el medio seguro de salir de nuestra tibieza y el presagio cierto de una buena muerte.

¹ De Ofic. lib 1, cap. 33.

ARTICULO III

Del peligro á que nos exponemos retardando la recepción del santo Viático.

A consecuencia del funesto hábito de las comuniones tibias durante la vida, viene otro obstáculo á la buena muerte, no menos frecuente que temible; nos referimos á la negligencia y el retraso para recibir el santo Viático. Esta falta, tan común en nuestros tiempos manifiesta tanta ausencia de piedad, cuanto es dañosa al bien de las almas. Manifiesta una ausencia de piedad, porque es una resistencia al precepto de la Iglesia que crea á todos los cristianos peligrosamente enfermos una obligación de fortalecerse con la recepción de la Eucaristía; y es dañosa al bien de las almas privándolas de las gracias poderosas con las cuales este sacramento las sostiene en los combates de la agonía.

No hay duda que las razones que nos hacen diferir el pedir el santo Viático, son precisamente los motivos que deberían excitarnos á solicitar más prontamente esta gracia; porque, lejos de ser un triste presagio de la muerte, el santo Viático tiene por efecto, al contrario,

apartar el peligro y procurar la salud del cuerpo.

Este divino sacramento, dice San Cirilo de Alejandría, *no solamente aleja la muerte, sino que detiene la enfermedad y cura á los enfermos.* ¡Qué! ¿no sería un inexplicable prodigio que el mismo Jesucristo, unido íntimamente á nosotros por la comunión, tuviese menos eficacia y virtud que su santa ropa, que tenía tan gran poder contra todas las enfermedades? La enferma, para sanar, no hizo más que tocar el vestido del Salvador. ¿Qué no tenemos derecho á esperar del piadoso tocamiento del cuerpo de Jesucristo, administrado por el santo Viático al enfermo? Pues si somos tan pronto para tomar los otros remedios, ¿porqué tardamos tanto en recurrir á éste? ¡Qué ceguedad llamar un presagio de muerte el sacramento de salud y negarse á recibir al Autor de la vida por el temor de morir! *Viendo cómo una mujer supo sacar de la orla del vestido de Jesucristo una curación perfecta,* exclama San Pedro Crisólogo, que los *cristianos aprendan cómo el cuerpo mismo del Salvador es un poderoso remedio contra todos los males.* Mas, lo que no sabríamos llorar bastante, es que muchas veces *este remedio agrava nuestra enfermedad,*¹ sea porque descuidemos to-

¹ Serm. 34.

marle ó porque tardemos en recurrir á él.

Tardando en pedir el santo Viático, nos exponemos temerariamente al peligro, si no de morir privados de su auxilio, al menos de llegar al momento en que la debilidad de nuestras fuerzas, el entorpecimiento de nuestros sentidos, la turbación de nuestra razón, no nos permitan ya recibir á nuestro Dios más que con tibieza, sin devoción y de una manera lánguida: de modo que, por esa deplorable demora, nos privamos de las gracias inapreciables que el divino sacramento, en virtud de su institución, procura á los moribundos.

En efecto, este pan celestial posee una virtud secreta que da paciencia en los dolores, consuelo en la tristeza, alivio en las penas, confianza en la inquietud, fortaleza en el abatimiento y una admirable constancia en todos los asaltos de la enfermedad.

Tenemos por garante de esos preciosos efectos al profeta real. *Señor, dice, habéis servido delante de mí una mesa en la que encuentro mi fortaleza* contra los que me persiguen,¹ es decir, contra los dolores del cuerpo y contra las aflicciones del alma, que vienen á asaltarnos en la muerte. *No tengamos, pues, más que una sola pena,* concluye San Juan

¹ Sal. 225

Crisóstomo, *la de ser privados de este divino alimento*,² pues que perdemos tan grandes bienes, ya sea descuidando ó tardando en recibirle.

El cuerpo del Salvador, recibido por Viático, es el auxilio más poderoso contra las tentaciones de todo género con que el demonio, en su rabia, ataca y persigue sin descanso á los hombres que ve atacados de una enfermedad mortal. Porque si sólo el nombre de Jesús invocado con devoción hace huir á nuestro adversario, cazador infernal, ¿qué no hará el mismo Jesús, recibido en la boca del enfermo y descendiendo á su corazón? He aquí porqué, dice San Cipriano, *tenemos cuidado de fortalecer con este alimento celestial, á los que queremos hacer invencibles contra los esfuerzos del enemigo*.² El cristiano que descuida tomar este divino alimento está, pues, evidentemente en contra sí mismo, de parte del infierno, y para conquistar contra el más temible adversario un reino eterno, desciende desarmado á la arena. El alma, dice también San Cipriano, *sucumbe muy pronto cuando no está sostenida é inflamada por la recepción de la Eucaristía*. Si; un alma despojada de esta poderosa armadura y privada del

¹ Homil. 60.

² Carta 5

pan de los fuertes, no puede sino languidecer y sucumbir de debilidad en el último combate. Mas, por el contrario, si está cubierta con este escudo y fortalecida con este alimento, no hay enemigos que no pueda vencer, ni tentaciones que no pueda superar.

En efecto, ¿qué puede temer un hombre que se ha hecho el templo donde el Señor habita? ¿Qué puede temer un enfermo en quien reside el Dios de los ejércitos? ¿Será por ventura la muerte? Mas, dice San Pascasio, *para que no temamos la muerte se nos ha dado el pan de la inmortalidad*. ¿Será la condenación? Pero ¿cómo, pregunta San Ambrosio, *un hombre podría caer en la muerte eterna cuando se alimenta de la vida*?² El temor de la condenación no tiene, pues, lugar en el alma que se ha alimentado y fortalecido con el pan de los ángeles. Porque el santo Viático es el medio más eficaz para obtener la perseverancia final, tanto á causa de las innumerables gracias que le son anexas cuanto por la promesa particular que ha hecho Jesucristo, y que ha confirmado con la autoridad del juramento en estos términos: *En verdad, os digo que el que coma este pan vivirá eternamente*.¹ Por esto este alimento celestial es llamado

¹ Juan, 6. 59.

por los santos Padres señal de predestinación, prenda de la gloria futura y germen de la inmortalidad. En efecto, el Dios de la Eucaristía *nos da una perfecta esperanza de nuestra dicha futura, porque si su Majestad se entrega á nosotros en esta vida, con más razón se nos entregará en la otra,*¹ dice San Juan Crisóstomo. En el mismo lugar este gran doctor refiere que Dios se dignó revelar á un santo personaje que luego que un fiel ha recibido el santo Viático, los santos Angeles rodean el lecho del enfermo y no le dejan ya hasta que ha exhalado el último suspiro. De donde San Crisóstomo deduce que un fiel fortalecido con el socorro de este sacramento está como asegurado de ir al cielo al salir de esta vida.

Por esto juzguemos cuán dignas son de reprensión las personas de la casa donde se encuentra un enfermo, cuando por su negligencia es privado de la gracia del santo Viático antes de morir, y en qué deplorable ilusión caen esos enfermos cuya fe tibia y lánguida demora de día en día la recepción de su Dios. La funesta consecuencia de esta demora es que, al fin, ó son privados de esta dicha, ó si comulgan es en un estado de abatimiento de espíritu que, junto á la violen-

¹ Homil. 6, sobre la 2.^a á los Cor.

cia de la enfermedad, les impide distinguir este divino alimento del manjar común; y cumplen esta acción tan santa de una manera tan inconveniente que puede serles dañosa.

Figurémonos un rey poderoso á punto de pronunciar su sentencia definitiva en una causa de la más grave importancia donde se trata nada menos que de nuestra fortuna, de nuestra reputación y aun de nuestra vida. Este rey, despojándose de su majestad, se disfraza con un vestido pobre, conducido por su amistad viene la vispera misma del juicio á hacernos una visita, á prometernos su protección, á sugerirnos los consejos propios para hacer triunfar nuestra causa y á proveernos de los medios para desconcertar los planes de la parte contraria. ¿Qué haríamos nosotros en este trance? ¿Con qué gozo, con qué respeto y con cuanto amor no abríamos nuestra casa á nuestro juez? ¿Con qué solicitud no aprovecharíamos todos los instantes de tan interesante visita?

Tales son las disposiciones que deben animar á un moribundo al recibir el santo Viático, es decir, la visita de este Dios que se oculta en la hostia para venir á él. ¡Desgraciado! muy pronto el día del juicio va á llegar para él: ya está como citado por el tribunal supremo donde

su sentencia le será pronunciada y donde se terminará para siempre el gran asunto de su salvación. ¡Pues bien! el divino juez le visita en su tristeza y desolación; y le indica el medio de hacer favorable su juicio, de aplacar al Señor y de moderar la severidad de la sentencia: ese Dios de bondad le ofrece su amistad, le promete su gracia, le asegura de su misericordia, le da liberalmente sus méritos, su sangre y sus heridas para satisfacer las deudas que ha contraído. ¿Qué indignidad sería recibir á tal huésped con frialdad, invocarle con tibieza, hablarle de prisa y sin respeto, volverle la espalda y dejarle sin manifestarle ningún sentimiento de devoción? ¿Qué inconveniencia y qué grosería alejarle en alguna manera durante muchos días de nuestra casa y dilatar la dicha de una conversación con él hasta que, estando nuestra razón debilitada y suspendido el uso de nuestros sentidos, ya no sepamos lo que hacemos!

Así, pues, en la enfermedad, luego que el peligro de muerte se manifieste: 1.º pidamos sin demora y con un ardiente deseo y vivas instancias la gracia de ser fortalecidos con el pan de los fuertes; 2.º apliquémonos con gran fervor, con más devoción que nunca, y tanto cuanto lo permitan nuestra debilidad para recibir

al huésped celestial que se digna venir á nuestra casa. Porque debiendo ser probablemente esta comunión la última visita que el divino juez debe hacernos, es muy conveniente que procuremos una preparación mejor, que hagamos nuestra acción de gracias con un aumento de piedad, que, en fin, hagamos con el mayor fervor todos los actos de las virtudes que convienen á esta circunstancia. Sigamos estos consejos, y una dichosa experiencia nos hará conocer que el santo Viático, si lo recibimos con fervor y á tiempo, es un eficaz medio y una excelente preparación para obtener la gracia de una buena muerte. Lo mismo podemos decir de la Extrema Unción, con tal que se reciba en las mismas condiciones de oportunidad y tiempo.

ARTÍCULO IV

Efectos y recepción del sacramento de la Extrema Unción

Aunque durante toda la vida, dice el Santo Concilio de Trento, nuestro adversario busca y acecha por todos los medios posibles, la ocasión de devorar nuestras almas, no hay ningún tiempo en que emplee con más fuerza y malicia sus astucias y sus sutilezas para

perdernos enteramente y para hacernos decaer si pudiese de la confianza en la misericordia de Dios, como cuando nos ve casi al fin de la vida. Por esto nuestro Salvador, infinitamente bueno, ha querido proveer en todo tiempo á sus siervos de socorros saludables contra todos los dardos de toda clase de enemigos,¹ ha tenido cuidado de armarlos y fortalecerlos al fin de su vida preparándoles una defensa segura en el sacramento de la Extrema-Unción, al cual para este fin ha concedido los tres efectos siguientes:

Primer efecto. La Extrema-Unción da la salud del cuerpo al enfermo cuando es conveniente á la salud del alma. Dios nos lo ha prometido expresamente por el Apóstol Santiago, en estos términos: *¿Está enfermo alguno de vosotros? Que llame á los sacerdotes de la Iglesia, y que oren por él ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo.*² Después del apóstol, el concilio de Trento dice también: *El enfermo obtiene algunas veces la salud del cuerpo, cuando es conveniente á la salud del alma.*³ Los santos refieren muchos ejemplos de curaciones

¹ Ses. 14 cap. 2 de la Esc.

² Sant. 5 15.

³ Ses 14.

muchas veces instantáneas procuradas por la Extrema-Unción á los enfermos que reciben dicho sacramento. Este primer efecto es, pues, una verdad de fe y de experiencia que no se puede negar sin herejía.

Sería inútil disputar de la misma experiencia bajo pretexto de que la mayor parte de aquellos á quienes se administra la Extrema-Unción sucumben á su enfermedad; porque la curación no se ha prometido ni á todos los enfermos ni para todas las circunstancias. El Espíritu Santo no ha concedido esta gracia solamente á los sacerdotes, sino á su oración ayudada de la fe del enfermo; y *la oración de la fe salvará al enfermo.* Ahora bien: ¿cuántos enfermos hay que, dudando ó tal vez ignorando que la Extrema-Unción posee tan admirable virtud, la reciben sin devoción y cuando están ya privados del uso de sus sentidos? No es, pues, sorprendente que con tal obstáculo el sacramento no produzca el efecto prometido por el Espíritu Santo. Tanto más cuanto que, según el concilio de Trento, este efecto no está unido á él más que bajo la condición de *que sea conveniente para la salvación del alma.* Y como la curación no siempre es ventajosa para el alma no hay que admirarse si, por este sacramento,

un enfermo no recobra la salud cuando Dios advierte que él abusaría de ella.

Mas, aun cuando la Extrema-Unción no da la salud, á lo menos tiene una virtud secreta que disminuye la violencia de los dolores: *Da la fortaleza*, dice el concilio de Trento, *para soportar más fácilmente las penas y las incomodidades de la enfermedad*. Esta doctrina de la Iglesia está apoyada en las palabras de la Escritura: *Y el Señor le aliviara*, sea disminuyendo los dolores de la enfermedad, sea moderando su violencia por el bálsamo dulcificante de la paciencia y la resignación. Tal es el primer efecto de la Extrema-Unción, cuya virtud saludable cura las enfermedades del cuerpo, ó á lo menos atenúa y aligera los sufrimientos.

Segundo efecto. La Extrema-Unción perdona si no la totalidad, al menos una gran parte de la pena temporal debida á nuestros pecados, y algunas veces perdona accidentalmente, como dicen los teólogos, nuestras culpas mortales, lo que sucede cuando el enfermo, no pudiendo confesarse, ó no teniendo el conocimiento de algún pecado, tiene no obstante una verdadera contrición, sin que su dolor se eleve hasta el grado de una contrición perfecta; en tales circunstancias, este sacramento confiere la

gracia santificante, según la palabra del Apóstol *y si se han cometido pecados, éstos le serán perdonados*. Por consiguiente, hay muchas veces enfermos que, á la hora de su muerte, no pueden salvarse, y lo podrian si no estuviesen privados de la gracia de la Extrema-Unción. ¡Desgraciados, pues, de aquellos que son causa por su negligencia de que los cristianos en peligro de muerte exhalen el último suspiro sin haber recibido este sacramento!

La Extrema-Unción perdona no solamente los pecados veniales, sino también los pecados mortales que no confesáramos por ignorancia ó por olvido, ó porque creyésemos de buena fe haber sido válidamente absueltos, sin serlo. Tal es la enseñanza del concilio de Trento, que explicando las palabras del apóstol Santiago, dice: *La Extrema-Unción borra los pecados que tendríamos aún que expiar y los restos del pecado*. Por consiguiente, este sacramento no perdona solamente los restos del pecado, es decir, la pena que le es debida, sino que expia, borra, en el sentido que hemos dicho, el pecado mismo.

Escuchemos sobre esta materia á San Carlos Borromeo: *Un efecto de la Extrema-Unción dice, es servir de complemento al sacramento de la penitencia,*

borrando los restos del pecado: por estos restos del pecado es necesario entender los pecados, ya sean mortales ó veniales, con que el alma está todavía manchada después de la recepción de los otros sacramentos; porque puede suceder que un pecado no sea perdonado, ó porque no se haya confesado, por imposibilidad ó por ignorancia, y que la Extrema-Unción pueda servir para obtener el perdón, cuando hubiera sido condenado si no la hubiera recibido. ¿Puede decirse otra cosa que demuestre mejor la virtud de este sacramento, y que sea más capaz de excitarnos á reclamar este beneficio en el tiempo conveniente?

Tercer efecto. La Extrema-Unción da al cristiano moribundo cierta energía interior y una fortaleza celestial para sostener y rechazar los ataques del demonio en la última lucha de la vida. En ese momento crítico, el hombre debilitado por la enfermedad y caído en una especie de adormecimiento, en que no tiene más que un débil conocimiento de sí mismo, se ve reducido á la necesidad de combatir para su salvación eterna contra el más terrible de sus adversarios; mientras que el demonio, por el contrario, temible por la multitud de las tentaciones que están á sus órdenes, ataca al enfermo con furia y le excita

sin descanso á cometer el pecado. Le asalta con pensamientos de desesperación ó le arroja en la ansiedad por dudas sobre la fe y por los escrúpulos de su conciencia. La razón del moribundo, que debía tener en los peligros de esta lucha difícil una influencia decisiva, no hace más que languidecer, está casi extinguida y es incapaz de toda aplicación seria, mientras que la alteración de los humores sobreexcita la vivacidad de las pasiones. En tan apremiante peligro, la Extrema-Unción calma la inquietud, disipa los escrúpulos, inspira la confianza, reanima el valor, descubre los artificios del enemigo, le reduce á la impotencia y le hace huir. He aquí cómo el santo Concilio de Trento explica este maravilloso efecto: *Ese sacramento, dice, alivia y fortalece el alma del enfermo, excitando en él una gran confianza en la misericordia de Dios: le reanima y le da la fortaleza para resistir á las tentaciones que el demonio le suscita en esta situación.*

Tales son los inestimables beneficios de este sacramento que debemos á la infinita misericordia de nuestro Dios.

Mas, ¡qué motivo de asombro! sólo al nombre de Extrema-Unción es para un gran número de cristianos como un rayo: apenas es cuestión de recibirle, cuando

el temor y el espanto llenan los corazones y tiemblan de horror á su solo recuerdo. De aquí que apenas se encuentre un amigo que se atreva á prevenir al enfermo de la necesidad de disponerse para recibirle y por no contristar al moribundo se demora la ceremonia de la Extrema Unción hasta su última hora, es decir, hasta el momento en que, no estando ya en su juicio, el enfermo no sabe nada de lo que pasa á su alrededor. Entonces es un espectáculo desolador ver la frialdad, la indiferencia y la falta de toda buena disposición del enfermo mientras se le administra este sacramento, que ordinariamente no se recibe más que una vez en la vida.

Los efectos de la Extrema-Unción no solo aprovechan al alma, sino que son, además, saludables para el cuerpo; he aquí lo que enseña la fe. ¡Y no obstante, se encuentran católicos que se horrorizan y demoran dicha ceremonia! Este sacramento borra los pecados, mitiga los dolores disminuye las tentaciones; ¡y sin embargo hay cristianos que le temen! Mas, en verdad, ¿qué hay en este sacramento que sea capaz de inspirarnos este horror y este espanto? ¿Son por ventura las oraciones que la Iglesia dirige al cielo por el enfermo? Mas en esas oraciones se pide á Dios la remisión de

nuestros pecados, el alivio de nuestros dolores, la salud de nuestro cuerpo, la salvación de nuestra alma. ¿Es este, pues, el motivo de nuestra aprensión ó es el sacramento mismo lo que tememos, ese sacramento, digo, que borra el pecado, aplaca los dolores, cura el cuerpo y alivia el alma? Sí, esto es lo que tememos. O es, en fin, la unción santa que hacen sobre nuestros sentidos, esa unción saludable con la cual recibimos la gracia celestial, el derecho al cielo y la prenda de la eterna gloria? ¿Es ó no ella el objeto de nuestros terrores?

No, este sacramento nos espanta porque no es administrado ordinariamente sino en artículo de muerte, y porque tememos esta advertencia del fin de nuestra vida: nos horrorizamos porque le miramos como el precursor de una muerte próxima. No obstante, ¿el peligro que se ignora es menos inminente? ¿Una engañosa esperanza de la vida demorará el término ni un instante? ¿Moriremos más tarde por haber tardado en fortalecernos con el socorro celestial? ¿No es una verdadera locura temer el remedio de la enfermedad por no sufrir el temor de la enfermedad misma y querer ignorar que se está en peligro de morir, á fin de no tener que tomar el remedio que podría conservar la vida?

Porque, aunque el enfermo deba estar contristado, horrorizado y turbado por el temor de la muerte, las personas de la casa no por eso dejan de someterla á un régimen y aplicarle los remedios contra la enfermedad: mas, en su intempestivo afecto no temen afligirle más que cuando se trata del bien de su alma. En verdad, si este sacramento no fuese más que una vana ceremonia de una institución secular, ¿podría tratarse con más indiferencia?

Como el demonio sabe perfectamente que la Extrema-Unción nos provee de muy poderosas armas para vencerle en el tiempo en que él tiene tan gran interés en no ser vencido, no hay esfuerzos que no intente para hacérnosle descuidar para que le recibamos sin fruto. Nosotros conocemos los malos designios de nuestro enemigo, no ignoramos sus artificios, sabemos que nos tiende lazos, y no obstante nos dejamos coger en ellos: si, muchas veces hay aún almas piadosas que tardan en pedir este sacramento, dejándole para un tiempo en que no tendrán ya la comodidad ni el medio de recibirle con la devoción necesaria y con los frutos que produce. Se considera una gran desgracia morir sin el socorro de los últimos sacramentos; mas, cuando se les recibe con disposiciones tan insuficientes, ¿se

podrá recoger mucho consuelo de ellos? ¿Serán los sacramentos el único remedio que tenemos razón de temer, que siempre se puede demorar, y cuyo auxilio nunca urge? Dejemos en fin este deplorable error, y aprendamos á ser prudentes. Apresurémonos, al punto que nos sintiéremos atacados de una enfermedad peligrosa y mortal, á pedir nosotros mismos con vivas instancias la gracia de los últimos sacramentos, á fin de obtener más ciertamente los frutos que Jesucristo se ha dignado conceder en favor de los fieles que están en el lecho de muerte.

¡Oh funesta insensibilidad del corazón humano! ¡Vos me prodigáis, ¡oh Jesús mío! tantos y tan poderosos medios de salvación, y yo tengo la imprudencia de no hacer uso de ellos! ¡Vos os habéis consumido en el fuego del amor, por mí, os anonadáis por causa mía bajo las especies místicas, no queréis que mi alma sea saciada de otro manjar que de vos mismo, y no obstante mi corazón languidece y está helado por el frío de la ingratitud! Para que yo no sucumba en el último combate, os dais á mí por Viático en el momento mismo en que debo hacer el viaje á la eternidad; y, á fin de fortalecerme para la última lucha, queréis que, como un atleta, sea ungido con el óleo santo y, en mi imprevisión yo

descuido asegurarme con este doble auxilio. Mas ya condeno mi indiferencia y detesto mi flojedad. Vos, Señor, encended en mí el fuego que habéis traído á la tierra, á fin de que salga de mi tibieza, para que en el instante en que deba ser alimentado del pan de los ángeles, sea transportado de deseo y de amor, y la divina Eucaristía haga en lo venidero todas mis delicias. No permitáis que muera privado del santo Viático y de la Extrema-Unción: antes bien, por vuestra bondad, cuando estuviere en peligro de morir, concededme la gracia de recibir oportunamente y con fervor esos dos sacramentos; que ellos sean para mí el medio de tener una buena muerte y el dichoso presagio de una vida mejor.



MEDIO DECIMOTERCIO

Un diligente examen de todo lo que podría causarnos inquietud en la muerte y un celo generoso para poner un pronto remedio

CUANDO, llegados al término de nuestra carrera, estemos á punto de espirar, entonces se cumplirá en nosotros alguna cosa semejante á lo que las santas Escrituras refieren del profeta Ezequiel, cuando se le ordenó que se acercase al templo y agujerease la muralla y considerase el interior. El profeta obedeció, consideró y vió *imágenes de toda clase de reptiles y animales y la abominación de la casa de Israel, imágenes todas pintadas en torno de la muralla.*¹ Nuestra conciencia es *el templo del Dios vivo,*² las puertas se-

¹ Ezeq. , 10.

² Cor. 6, 16.